

Capítulo cinco: Insomnio.

Noemí Zambrana Iglesias

Image not found.

Capítulo 1

Abro los ojos. Son las cuatro y media. Estoy inquieto y sudo. Mi pierna se estira y se precipita en un espacio de sábanas arrugadas y frías. Me irrita, ella no está aquí. Se ha levantado, ¿cuánto tiempo llevo durmiendo solo? La única luz que entra es la de la farola de la calle, naranja y artificial, como un rayo láser justo en el techo, dibujando sombras recortadas y asimétricas.

-¿Mara?

Nadie responde, mi voz apenas suena, agarrotada, atrapada aún en el sueño.

-¿Mara???

Retumba en la oscuridad, miro la puerta entreabierta de la habitación, esperando que la sombra de Mara surja de entre las demás, como un demonio oscuro que viniera a observarme en silencio mientras duermo. Tengo miedo. No lo soporto, no puedo tener miedo. Me levanto, hay que invadir la oscuridad antes de que ella te invada a ti. Es la única forma que se me ocurre para enfrentarme ello. La anticipación. Recuerdo esta misma sensación cuando tenía 5 años, durmiendo en mi cama, reteniendo el pipí con tal de no levantarme y meterme en el oscuro y estrecho pasillo, húmedo de sudor y de meado más tarde. Recoger el pie colgando de la cama, la mano, pendulando en el vacío que devora. Ella sabe que esto me da miedo, ella sabe lo que me aterra esas sábanas frías. Lo que me aterra buscarla entre las sombras del pasillo, encontrármela avanzando de frente en silencio.

-¿Mara?

Dejo de susurrar, ¿qué necesidad? Sólo estamos ella y yo aquí. En casa. Es sábado, mañana no hay que ir a trabajar. Eso me calma. El tiempo es mío, el desvelo es mío, puedo levantarme cuando quiera, el cansancio no

me pasará factura, pero el pasillo oscuro y estrecho... Me asomo, me reta, "crúzame". Espío las sombras, no quiero encontrármela de frente, no quiero chocarme con algo negro y vivo en la noche. ¿Por qué me hace esto? ¿Es plenamente consciente de lo que hace? Aquí estoy, frente al pasillo, como un crío de 5 años que tiene que ir a mear. Empiezo a andar, sólo se escuchan las plantas de mis pies descalzos sobre el parqué. El salón asoma, una oscuridad más amplia, más holgada y vacía. Las sombras de los muebles forman una especie de cordillera, pero no me atrevo a espiar los rincones. Eso se lo dejo al rabillo del ojo, como la mujer de Lot, mirando atrás, anticipándose, ¿a qué? A nada. No hay nada. Esta es mi casa. Mi hogar. Que no hable ella primero, por favor.

-¿Mara, dónde estás, cariño?

Responde, joder. Nada. ¿Por qué? ¿Se ha dormido en el sofá? A veces vagabundea por la casa a oscuras, de una esquina a otra, como un fantasma insomne. Me horroriza, no es normal, no es lo que hace una persona estable. Cualquiera se levanta si no puede dormir y se va al salón o al despacho y enciende una lamparita, y ve la tele con el volumen bajo, o se bebe un puto vaso de agua, o se pone a leer hasta que le entra sueño. Y no se levanta dejando la espalda del otro expuesta al frío, sin manta, como si la hubiera arrastrado un monstruo por los pies y en silencio. Que no esté de frente, por favor.

-Estoy aquí.

Ha susurrado y aún así me ha arañado el corazón.

-¿Qué pasa?

-No puedo dormir.

-¿Dónde estás?

-Aquí, en el sofá...

-Ya voy yo, no te levantes.

(No te levantes por favor). La voz de Mara, la insomne me guía a tientas y seguro hasta el sofá, donde yace tumbada medio incorporada por varios almohadones y tapada con una manta que le hizo mi madre. Enciende la luz de la lamparita de lectura. La luz dorada aparta la sombra de un manotazo y ahí está. Mara, con los ojos cerrados, las mejillas sonrosadas, los párpados levemente hinchados de sueño. Inocente y acogedora.

-No estabas.

-Ya lo sé.

-No me lo hagas más.

-No te quería despertar.

-Pero ya sabes que...

-Ven aquí mi vida, -abre los brazos-, vente conmigo.

No lo puedo evitar, su voz es caramelo suave. Me acerco como el crío de 5 años que se mea de miedo, me arrodillo, adorándola, metó la cabeza en su pelo, su cuerpo envolvente y caliente, su pecho que sube y baja

tranquilo, el olor de su piel, huele a sueño y a blandura.

-No me lo hagas más, no estabas...

-Shhh, no pasa nada, estoy aquí.

Quiero meterme dentro de su pecho y dormirme ahí. Palpo su cuerpo debajo de la manta. Lo primero que encuentro ahora y más me sorprende aún es la incipiente dureza y abultamiento de su vientre, su ombligo, antes hundido y ahora saliendo, siento una mezcla de aprensión y excitación. Llevo la mano a sus pechos, más abultados también, de pezones blandos hasta que los toco, su respiración cálida y honda ahora. Sé que no pasa nada, esta es mi casa, mi hogar, mi Mara, mi bebé, esta piel es mi piel, este olor... mientras huelas así todo estará bien, mientras estire las manos en la oscuridad y pueda palpar tu vientre y tus muslos todo estará bien, en calma. Lo que construí, de la oscuridad te saqué yo y tú me sigues turbando, no lo sabes. No lo entiendes. No entiendes que tienes todo lo que te puede hacer feliz, fierecilla díscola que no se deja querer. No me engañas, sé que no sabes cuánto te quiero. No es tu culpa. Pero sí sabes lo que es tu cuerpo para mí, mi casa, y te levantas de noche y me abandonas en el frío.

Le aparto la bata y saco uno de sus pechos y lamo el pezón suave y húmedamente, notando su erección, succionando tranquilo, llenándome los pulmones y la garganta de este olor a piel acogedora. Ella me acaricia la cabeza mientras me amamanta y se gira para acariciar mi excitación.

Vuelve el silencio.